—¿El precio?.... repitió Brian.

Vaciló. Es evidente que esta salida le sorprendió.

—Qué queréis? preguntó de nuevo el conde.

—Milord, respondiò en fin Brian, con voz lenta y grave, no sé esactamente lo que necesito.... pero necesito mucho oro ... ¡quiero la facultad de tomar en la caja de vuestra Señoría lo que me cumpla.... y cuando me convenga, milord!

III.

¡PIEDAD, HERMANO!

Al oir esta ecsorbitante peticion, quedó el conde un instante estupefacto. Despues miró a su hermano con atencion, como para buscar en su cara una esplicacion sensata de aquellas estravagantes palabras. Mas no debió satisfacerle este ecsàmen, porque las facciones de Brian, serenas y resueltas, daban mas gravedad a su proposicion.

—Pero, es pedirme toda mi fortuna! esclamó por fin el conde con mas admiracion que cólera; es imposible pueda yo acceder à tal desatino.

—Milord, es en efecto toda vuestra fortuna, respondiò Brian; pero tal vez, pensadlo bien, me limitaré a la cuarta parte.... a la mitad.... ¿quién sabe?.... En cuanto a la esperanza que su Señoría supone imposible, nunca, bajo mi palabra, nunca tuve una mas real y mejor fundada....

Despues de detenerse un instante volvió a hablar así con tono sencillo, bajo, pero firme:

—No os imagineis, milord, que vengo aquí a echarla de diplomático; que vengo con una segunda intencion, que poseo en una palabra un medio vencedor, con cuya ayuda pueda estrechar a Vuestra Señoría y hacerle saltar la zanja a ciegas.... Si estuviese en mí el no desdeñar esos espedientes, tal vez podria en efecto dar la batalla en ese terreno, pues conozco vuestro pasado, milord, mucho mejor que lo creeis ...

—Mi pasado, quiso interrumpirle el conde, es el pasado de un gentil hombre, y vanamente intentais espantarme con vagas amenazas. No me arredra el que se publique mi vida....

—Sí que os arredra, milord, y haceis bien en alarmaros. Su Señoría no puede olvidar que tuvo una muger y una hija. Una muger en cuyo vergonzoso martirio no piensa ya el mundo, una hija cuyo misterioso destino, ya esté muerta, ya viva, no conoce hoy mas que Dios solo.... ¡y vos!

—¡Osariais suponer!.... esclamó el conde.

—Es seguro que nada bueno supongo, hermano. Pero dejemos eso. Os repito que no es mi ánimo amenazaros por detras. Otras son mis armas.... Pardiez milord, comenzar la lucha en un terreno conocido, seria daros una gran ventaja!... Vuestras riquezas harian indudablemente mentir a la evidencia, y los zumbones pasarian tal vez á las filas de su señoría....

No! no! ¡nada de acusaciones! Es triste y comun! El mundo me aplaude a condicion de que lleve este desafio a su desenlace sin comprometer ni perder mi sangre fria no soy un abogado, milord conde, yo soy un gladiador.

White-Manor seguia con la mayor atencion y fatiga aquel estraño discurso, cuyo sentido no comprendia en todas sus partes su inteligencia. Esperaba una conclusion, un ataque directo, y procuraba ponerse en guardia para defenderse. Pero Brian dejaba a sus ideas encadenarse segun la singular lógica de su ingenio. Miéntras que el conde se esforzaba para combatir sus últimas palabras, cambió bruscamente de asunto.

—Me han contado hoy, dijo, una historia estravagante y tierna. Al oirla, milord, creí hallar una cierta semejanza entre esas aventuras de una pobre jóven abandonada y algunas nociones que poseo sobre la ecsistencia privada de Su Señoría.... ¡No permita Dios! añadió de repente con emocion, que sea como yo lo pensé un momento .... ¿Teneis aquí el retrato de la condesa de White-Manor?

—¿A qué viene esa pregunta? contestó el conde un tanto turbado.

—Es una pregunta de loco, dijo Lancester sonriéndose; hace ocho dias que me imagino que me vuelvo niño. Tengo quince años ménos; mis ideas se mezclan y producen sueños inverosímiles; y mis esperanzas tienen algo de encanto.... Por haber sido aquella pobre jóven confiada a un miserable....

—¿Quéó ven?—dijo involuntariamente White-Manor.

Brian miró a su hermano de hito en hito, y frunció las cejas con cólera.

—¡Si creyese!.... comenzó imperiosamente.

Pero no acabó y volvió a tomar su tono frio.

—Una jóven que yo busco, milord; una jóven que amo y que me han robado; una jóven que Su Señoría me ayudará a buscar.

—¿Señor mio, os dignais, en fin, hablarme de otro modo que por medio de paràbolas? Yo sufrí demasiado para entretenerme en adivinar vuestros enigmas.

—Dispensadme, milord, replicó Lancester saludando. Volvamos al asunto, pues que así lo desea su Señoría. Si mal no me acuerdo, os decia que no habia venido a veros con las armas ordinarias de la discusion. Diré mas. Añadiré que he entrado en vuestra casa sin saber precisamente lo que os pediria....

—De modo que, interrumpiò el conde, vuestra ecsigencia de hace un momento es una improvisacion. En este caso, hermano, os aconsejo la mediteis un poco, le deis una forma, la limiteis por ejemplo, a una ò dos mil libras.

—Os decia ademas, prosiguió Brian, cual si desdeñase el pesar aquella interrupcion, que seguiria, para alcanzar lo que deseo, mi camino habitual, sin descender nunca a esos miserables medios que emplean entre sí los héroes de tragedia. Tan grande es mi desprecio para con la malicencia, milord, como para con el puñal ó el veneno. En suma, pediros un acto redactado en debida forma que me permitiese tirar a discrecion sobre la caja de su Señoría.

—¡Todavía osais!....

—Osaré siempre, milord. Dicho acto me es de toda necesidad.

White-Manor sufria lo que no es decible por no poder romper violentamente aquella entrevista; pero el temor que le inspiraba Brian contrapesaba su cólera. En tan fatal alternativa, apelò a la discusion, no obstante aquel increible principio.

—Señor mio, dijo, yo deberia encogerme de hombros y callarme por ser una verdadera locura el responder a vuestras palabras sèriamente. Pero el hecho es raro y así permitidme os pregunte: ¿qué pretendeis hacer de mi fortuna?

—La quiero para esa pobre jóven; milord, respondió Brian con la naturalidad de un aldeano.

—¿Y podeis pensar que la dé para una desconocida?

—Estoy seguro que lo haréis, milord, segurísimo.

White-Manor se agitó en su sillon, devorado por una cólera que tenia su parte còmica. Para él, Brian era invulnerable, aun en aquella discusion en la que no habia una multitud zumbona presente para aplaudir a uno de los interlocutores y burlarse implacablemente del otro. Brian era invulnerable, porque echaba sobre la mesa su estravagante peticion, apoyada por su voluntad sola y no por argumentos que hubieran podido discutirse ó redargüirse. White-Manor, firmemente resuelto a no conceder el crédito ecshorbitante que le pedian, debia guardar el mas profundo silencio, en cuanto se negó a acceder a la proposicion que se le hacia. La única vía abierta para que cesase aquel conflicto ridículo, era, sin ningun género de duda, el designar la puerta usando del derecho riguroso que tiene todo hombre de vivir con tranquilidad en su casa; pero White-Manor estaba distante de obrar así. En el fondo de aquella situacion habia un elemento real de terror, y era imposible emplear los medios vulgares para con un importuno como Brian de Lancester. Ademas, el conde, a pesar de su designio formal de no rendirse, ignoraba si se veria obligado a hacerlo en un caso estremo. Tampoco conocia el fondo del pensamiento de Brian, y así se hallaba en la posicion de un hombre que, con las manos atadas enfrente de su enemigo implacable, le ve volver en su torno y sonreirse y bailar, como hacen los salvages al rededor de la hoguera que reduce a cenizas a sus cautivos, sin poder adivinar por donde vendrá el golpe mortal, sin poder pararlo, ponerse en guardia ó defenderse.

Brian podia llevar la osadía hasta la locura; pero habia su dósis de reflecsion en sus temeridades, y por prontas que fuesen sus fechorías, siempre las precedia un cálculo ràpido y profundo. A aquellos que no ven en todas las cosas mas que la superficie, las gentes de corta vista, esa congregacion de miopes en una palabra, que se llama mundo, no estaban distantes de pensar que Brian, cegado por su rencorosa humorada, atacaba cual lo hace un niño irritado, sin prevision. Pero en esto, como en otras mil cosas, se engañaba el mundo. Brian tenia desde el principio de la guerra una táctica y un fin: táctica estraña, pero maravillosamente hábil, fin lejano, fuera de alcance tal vez, pero sin cesar ansiado.

En aquel momento su enemigo no era su hermano solo: lo eran su hermano y el derecho de primogenitura.

Tambien esperimentaba entonces una trasformacion el pensamiento de Lancester. El amor mezclaba con él el contingente de egoismo que este sentimiento lleva a todas partes, y constantemente tras de sí. Brian, en la visita de que hablamos, no era el puro campeon de una idea. Necesitaba al fin de la lucha, los despojos ópimos, y el triunfo solo no inflamaba ya sus deseos.

Hay mas, habia conseguido imponer a su adversario.

Pero este cambio no servia mas que para el fin. Sus medios eran los mismos; sus fuerzas no habian dismi. nuido.

—Milord, volvió a decir con esa libertad sentimental de las personas acostumbradas a ridiculizar a los otros sin sufrir las ridiculeces, perdonad mi debilidad; estoy enamorado.... ¿No os sonreis?.... Me alegro: creí que lo hariais.... estoy enamorado como no se está mas que una vez en la vida; enamorado al punto de sacrificarlo

todo a mi amor; tódo, milord, hasta el mismo fin de mi vida entera.

White-Manor no respondió; pero su rostro tomó una apariencia mas severa. Vió una esperanza. La coraza de un corazon que ama, tiene defectos sin fin. White-Manor redobló su atencion, y su ojo apagado tuvo como un relámpago de penetracion hostil y cautelosa.

Lancester no estaba entónces para observarle.

El recuerdo evocado de su amor enteramente nuevo, y al cual no se habituaba todavia su corazon, derramaba la alegría y las ilusiones en su animado rostro. Los obstàculos y el peligro desaparecieron para él en aquel instante; tan firme era la esperanza que tenia de destruir los unos y de conjurar el otro. Sonreía con dulzura a la imágen ausente de Susana, sin hacer caso de la presencia de su hermano.

—¡Oh sí, la amo! murmuró con tanta pasion que White-Manor recurrió al lente para considerarlo mejor.

—He sentido que vivia por la primera vez al saborear su sonrisa; el sonido de su voz ha hecho vibrar una cuerda muda en un rincon ignorado de mi alma. ¡Ella me ha revelado todas las alegrías, todos los goces que un hombre puede esperar aquí abajo y que yo desdeñaba ántes! ¡Qué ciego y miserable era! Es evidente, milord. Mi porvenir brilla hoy tras algunos dias rigurosos. Hoy espero, ¡oh, espero ardientemente! Tengo fé en Dios; mi alma se rejuvenece y se purifica!.... ¿Lo creeis, milord? Pues soy capaz de cesar de odiaros!

—Mucho debeis amar, en efecto,—dijo friamente White-Manor.

—¡Muchísimo—respondió Lancester, no repitiendo el adjetivo solo por parecerle insuficiente y débil;—¡muchísimo, Godfrey!—dijo otra vez; qué léjos estaba ayer de

creer pudiese amarse cual yo amo!....Sí, yo amo con reflecsion, con voluntad, y amaria a pesar mio si mi voluntad fuese rebelde. Yo amo.... ¿Pero me comprendeis?

A esta brusca pregunta, las facciones del conde se dilataron en una alegria zumbona y grosera.

—¡Sí, señor, sí, señor! contestó, y nunca, os lo juro, me hizo tanto placer una confidencia amorosa... ¡Ah! ¡conque tanto amais!

El tono de White-Manor, hipócritamente contenido, cambió de repente ántes que Brian pudiese responderle.

—Y venis, prosiguiò con humor, a imponerme insolentes condiciones, a pedirme mi fortuna, ¡qué sé yo! y venís con la amenaza en la boca, como un bandolero, a decirme: Da, ó te ataco.... ¡Amando tanto!

Brian se habia vuelto hácia el lord, mirábale tranquilo como siempre, aunque preveia un violento ataque.

—¡Pero, ¡señor mio, señor mio! continuó el conde, que tartamudeaba de cólera y alegría ¿no conoceis que mi esclavitud ha cesado?.... No conoceis que nuestras posiciones cambian, que yo soy fuerte, que vos sois débil?... ¡Ah! ¿conque amais?

La sangre subia con abundancia a la cabeza del conde y jaspeaba con un color negruzco el esmalte turbio de su ojo. Su voz se oía apénas, sus labios hinchados esperimentaban convulsivos temblores. Brian lo ecsaminaba en silencio.

—¿Y venís a anunciarme eso vos mismo, imprudente? prosiguió White-Manor, tomando de la mesa sus pistolas, que montó con gran ruido. ¡Mil guineas hubiera dado al primero que tan buena noticia me hubiese traido!.... Cuando se ama con tanta pasion, señor mio, se teme mucho el morir; por lo tanto, estas pistolas son un arma de que me podré valer contra vos!

Brian hizo un gesto de desprecio y se enderezó cuanto pudo, como para ofrecer un blanco mayor y mas seguro a las pistolas de su hermano.

—Milord, dijo, discutir en ese tono no conviene entre caballeros, y vuestra accion me decide a terminar bruscamente esta entrevista.... ¿Quereis, sí ó no, firmar la obligacion que pido a Su Señoria?

—¡No, mil veces no! gritó el conde. Lo que quiero es que salgais de aquí inmediatamente, perseguido otra vez por mis lacayos; lo que quiero es veros al instante del otro lado de esa puerta, que os prohibo volver a pasar.... ¡A la calle.... fuera!.... Y usando del derecho de todo inglés, cuyo domicilio es violado por un espía ó por un ladron, os prevengo usaré de esta arma y os echaré muerto de mi casa, si no me obedeceis.

—Y yo os desafio a que ejecuteis vuestra amenaza, dijo Lancester cruzando sus brazos y adelantándose lentamente hàcia su hermano, a quien dirigia una mirada fija y fria.

El conde levantó a la vez sus dos pistolas al llegar Brian a tres pasos de él: sus facciones apopléticas espresaban un bárbaro deseo de matar, combatido por el miedo.

—¡No avanceis! ¡no avanceis! dijo con voz sofocada.

Brian anduvo los tres pasos, no obstante aquella órden amenazadora, y su pesada mano tocó el hombro del conde, que cayò abrumado en su sillon.

—Ahora veréis, milord, dijo Lancester—con un tono natural è impregnado de alguna tristeza;—ahora vereis si temo morir: lo que acabo de hacer no puede servir de prueba. ¡Ya sabia yo que no osariais!....

Tomólas dos pistolas una despues de otra de las manos de su hermano, que no opuso ninguna resistencia, y las tiró a un rincon despues de haberlas desmontado.

White-Manor estaba pàlido y trémulo. Sus ojos, desembarazados por un pronto reflujo de la sangre que los llenaba, habian perdido sus reflejos rojizos y no conservaban mas que su espantosa inmobilidad.

—Milord, continuó Lancester, os habeis engañado completamente. Ese amor cuya noticia habeis acogido tan alegremente, era la mayor desgracia que podiais temer. Es indudable que solo hubiera continuado en combatir en vos al representante y al beneficiado de un principio odioso, injusto y contra naturaleza; pero mi persecucion no hubiera sido tan activa; al paso que en el dia no puedo ménos de ser ecsigente.... y no creais que pueda haber ya entre ambos.... piedad ni tregua.... ¡yo quiero ser rico, millonario!.... ¡Quiero!.... ¿me ois?....

—¡Queréis!....repitió White-Manor con un furor impotente.

—¡Quiero!!!

Hubo un momento de silencio despues de esta palabra pronunciada por Brian, con un tono tan lleno de autoridad imperiosa y de perentoria confianza, que el conde bajò la cabeza murmurando ininteligibles negativas.

—¿No es precioso, milord, dijo Lancester pasados algunos segundos, que siendo ella la mejor, la mas santa, la mas hermosa, sea tambien la mas brillante, la mas envidiada, la mas feliz?....¡Ah! ¡no creais que quiero ese oro para ser digno de ella!.... Si os lo pido, es para que no le falte ningun esplendor, para que sea igual en nobleza y en fortuna a todas esas mugeres sobre las cuales le ha dado Dios tan infinitas ventajas.... Milord, nosotros somos hijos de un mismo padre. Vos habeis gozado largos años solo de la fortuna comun: ¡ahora me toca a mi!

—Las leyes están en mi favor, murmuró el conde,

poseido de un tremendo pavor:— las leyes me protegerán....

—No, milord, entre nosotros nada tienen que hacer las leyes.... ¿Pensais, por ventura, que tengo intencion de usar de violencia con Su Señoría? ¡Nada de eso, Godfrey! ¡semejante accion seria horrible! ¡Las leyes intervendrian entónces, y os cubririan con su ciega egida....Para eso las hicieron!.... Nosotros somos dos hermanos. Uno de nosotros está usado por el vicio; los escesos de todo género han paralizado su cuerpo y su alma; es un ser miserable, sin fé, sin alma, reprobado por el pasado, soportando con blasfemia los restos de una vida infeliz.... éste es par de Inglaterra.... El otro es jóven, fuerte, esperimentado, irreprochable; pero no habia cubierto mas que para un convidado solo en el banquete de los privilegios políticos. No siendo nada, como desgraciadamente sucede, ¿cómo osa rebelarse? diréis tal vez, ¿cómo se atreve à quejarse? ¡Ah! razon teneis: la ley le acecha, la ley le arrojarà hecho trizas, en su nada, si intenta levantarse; la ley ahogarà sus gritos, si abre la boca. La ley está en vuestro favor, pues la habeis hecho, y la ley es omnipotente.... Pero bien lo sabeis, milord, yo no me quejo, ni ataco. Yo obro en términos de no salir de los límites de la mas escrupulosa legalidad.... Por ejemplo. Su Señoría pensará como yo: que yo sepa, no hay ley que prohiba a un ingles el abrir una ventana y romperse el cráneo contra el empedrado tirándose por ella.

El conde miró asustado a su hermano, que se dirijiò a la ventana.

—¡Ella morirà si yo muero! prosiguió en voz baja y sin dirigirse a su hermano. ¡No! ¡oh, no! no quiero unirla a mi vida de indigencia y de oscuridad....Aunque me fuera dado hallarla por mis propios esfuerzos, aunque no tuviese

necesidad del oro para arrancarla de las manos de sus tenebrosos raptores, necesitaria los millones que ese hombre me ha robado para engalanarla como un ídolo y presentarla al mundo tan radiosa, que el mundo deslumbrado bajase la cabeza y la adorase.... Milord, continuó alzando la voz,—debajo de esta ventana hay una numerosa multitud .... ¿la ois?

Habia en efecto gran tropel de toda clase de gentes en Portland-Place, contándose mutuamente la gran noticia del dia; el asesinato intentado en Kew sobre S. A. R. la princesa Alejandrina Victoria de Kent.

Lancester puso la mano en el resorte de la ventana.

—Es un tropel ansioso y agitado por la curiosidad, milord, prosiguió Lancester. Oid como se mezclan las voces confusas, locuaces.... Difícil nos hubiera sido encontrar un público mas numeroso ni mejor para nuestra última comida.

—¡En nombre del cielo! ¿qué vais a hacer? preguntó el conde levantàndose a medias.

—No os levanteis, milord. Ya os lo he dicho: quiero que sea rica y feliz. Por otra parte, cosa que ignorais, esa jóven que no amo sino que idolatro, me ha sido robada hace una hora por hombres temibles y poderosos....sí.... .... deben ser poderosos.... Vuestro oro.—Mi oro, Godfrey, pues en quince años es indudable que habeis gastado vuestra parte del patrimonio de Lancester, mi oro me hubiera servido para salvarla primero, y despues para crearla un paraiso aquí en la tierra .... Ya que me lo negais, voy a vengarla.

Brian se apoyó en el resorte, y la ventana medio abierta dejó entrar en la habitacion el bárbaro ruido que en la calle se hacia.

El conde se levantó fuera de sí.

—Pensad en lo que haceis, señor mio; pensad que estais en mi casa. Si llegais a pronunciar mi nombre ante ese tropel, como tal vez imaginais, entre calumnias y ultrages, el castigo irá tras del insulto.

Brian subió al apoyo de la ventana.

—¿No me comprendeis, milord—dijo con altanera serenidad.—Yo no pronunciaré mas que un nombre, os prometo que no ha de ser el de Su Señoría....Por última vez, ¿quereis firmar el acto que os pido?

—No, respondió White-Manor.

—¡Pues bien, Godfrey, adios! ¡Os juro que habeis de sentir mas de una vez esta palabra ántes de morir!

Brian se inclinó cuanto pudo hácia la calle.

—¡Qué colosal tropel! murmurò. Apostaria a que hay mas de mil personas. Y entre esas mil personas no hay una sola que ignore el nombre del amo de esta casa; no hay una tampoco que ignore la enemistad que nos separa.... Porque yo he hecho cuanto puede hacerse para que seamos célebres vos y yo, Godfrey.

—Habeis anunciado, me parece, el desenlace de esta comedia! dijo White-Manor con tono provocador y burlesco.

Porque la amenaza que tarda en realizarse da ànimo a los corazoaes mas pusilánimes.

—Dispensadme, milord, respondió friamente Lancester; estoy buscando un pequeño sitio donde romperme el crâneo y no lo hallo.

El conde se encogió de hombros.

—Buscad con calma, dijo volviéndose a sentar.

—Gracias, milord.... Como decia a S S., nada sorprenderá a ese tropel verme caer hecho pedazos en la acera de Portland-Place,... pues nos conocen.

—¿Quién osaria acusarme de un asesinato? pronunció con desden White-Manor.

—Todo el mundo, milord.... mas creo haber hallado el sitio.

Todo el mundo, decia, porque nunca se dudó del grito de angustia de un moribundo....

—¡Misericordia! esclamó el conde, que comprendió súbitamente y quedó como aterrado; ¡es una perfidia infame, Brian!

—¿No queriais hace un instante levantarme la tapa de los sesos?....

No diréis que es mentira.... Y sin eso, milord, en la partida que jugamos no es cosa de pararse en pelillos.... Yo no pienso prodigar ningun epíteto infamante al noble nombre de Su Señoría; yo.... pero el tropel no se abre con frecuencia, milord, es preciso aprovechar el momento oportuno. Ya oiréis, como todos, la palabra que voy a pronunciar.

Brian hizo un movimiento como para precipitarse.

—¡Deteneos! esclamó White-Manor.—¿Qué palabra es esa?....

—Gritaré: *¡Piedad, hermano!*

White-Manor cayó de rodillas, y por su rostro corrian grandes gotas de sudor.

—¡Piedad! pronunció con lastimoso acento; ¡yo soy quien implora piedad!

IV.

UN RESUCITADO.

White-Manor quedó vencido. Su perezoso ingenio habia tardado en comprender; pero comprendió por fin la espantosa importancia de la amenaza de Lancester. Hasta entónces no habia visto en la accion de su hermano mas que un suicidio, y habia esperimentado mas alegría que dolor; pero aquel suicidio le mataba a él tambien, y le mataba despues de haberle cubierto de infamia a los ojos del mundo.

Nadie ignoraba, en efecto, el odio inveterado y profundo que ambos hermanos se tenian, y cayendo Brian de una ventana de la casa del conde gritando piedad, pasaria a los ojos de todos por la víctima de un odioso asesinato.

White-Manor tuvo, pues, que capitular, y prometió firmar todo, aun su misma ruina completa, suplicando a Brian, con las manos juntas, no atentase a su vida.

La situacion era, en verdad, estraordinaria, y aquella terrible *eccentricity*, conocida de la fashion de Londres, hubiera bastado por sí sola para dar una nombradía sin